

349

CARTA POLITICA

DE JOSE TAMAYO
A RENATO A. RIVERIN

- 8 SET 1958

72050

En respuesta a su llamado promoviendo
LA UNIFICACION DEL SOCIALISMO

FB

320.531

T153c

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA - LA PAZ

La verdad, la áspera verdad.

Danton.



LA PAZ - BOLIVIA

1939

1004
1 01001

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAJOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL

La Paz — Bolivia

CARTA POLITICA

FB
320.531
T 153c

A.S

DE JOSE TAMAYO
A RENATO A. RIVERIN

En respuesta a su llamado promoviendo
LA UNIFICACION DEL SOCIALISMO

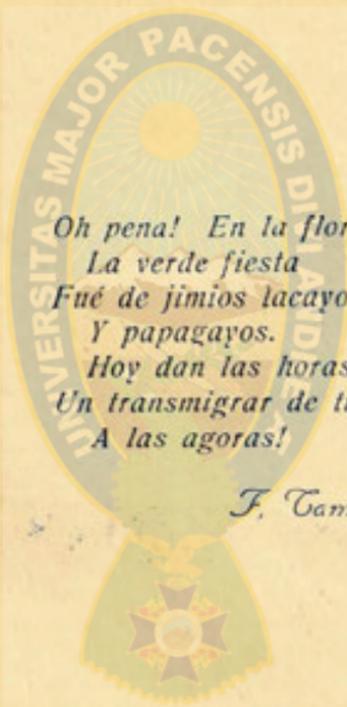
La verdad, la áspera verdad.

Danton.



8 SET 1958

LA PAZ - BOLIVIA
1939



*Oh pena! En la floresta
La verde fiesta
Fué de jimios lacayos
Y papagayos.
Hoy dan las horas
Un transmigrar de títeres
A las agoras!*

F. Tamayo

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA - LA PAZ

La Paz, 23 de enero de 1939.

Señor doctor don

Rosato A. Riverín

Presente.

Mi distinguido señor y amigo:

Después de haber leído el folleto que se ha servido usted enviarme intitulado, "Hacia la unificación de las fuerzas socialistas democráticas", he decidido interrumpir mi silencio dirigiéndole estas líneas como respuesta a su llamado.

En la creencia de que es usted uno de esos hombres propensos a tolerar los razonamientos del adversario, anticipo que he de expresarme con franqueza, puesto que tampoco sé escribir ni hablar de otra manera. Además, en el fragor del vivir cotidiano, llega un momento en que fatalmente hay que escuchar. Usted acaba de crear uno de tales momentos, por lo que tengo la evidencia de que se resignará a oírme.

Para forjarse una noción exacta de lo actual, en cuanto a política socialista y poder derivar conclusiones, debe volverse hacia el pasado próximo. Sólo así se tendrá la visión nítida de lo que es la realidad viviente. Todo lo que no sea esto, es ilusión, y peor si es ilusión voluntaria. Hay que enfrentar la realidad, cara a cara, con decisión patriótica y entereza varonil. Y esto que parece una frase, en el hecho es un imperativo vital ineluctable. No olvide usted que cada día que pasa, la gente está más disgustada con lo que pudiera llamarse: la falsificación de la vida.

El gran dolor para muchos hombres es asistir a la agonia de la esperanza. Recordemos que, del espectáculo brutal de la guerra a la revolución socialista (mayo de 1936), hay el lazo en el que se hizo el aprendizaje de una vida llena de intensidad y de ardor. Recordemos también que es entonces cuando en las mentes jóvenes nace la idea de tallar la nueva patria. De esos estados de conciencia que diría Bergson, hechos del resentimiento, de los sufrimientos y del ansia loca de vencer, fluye ya el deseo de marchar a la conquista de una nueva ética, a la realización de una nueva escala de valores y, en fin, a la afirmación de una nueva vida con profundo sentido espiritual. Es un momento histórico, un momento en el que los hombres inconscientemente olvidan la simplicidad de la vida para aprehenderse en la "realidad histórica".

Exaltados así, los espíritus corren al encuentro de su destino y sobreviene la revolución. ¿Qué sucede entonces? Lo de siempre. Es la voluntad del hombre rezagado triunfante, que se complace sólo en la posesión material de las cosas y desplaza al espíritu. De este modo, se inicia un período de detención desprovisto de grandeza y pasión.

Mientras tanto, reencarnado en algunos de los dirigentes del movimiento, a muchos siglos de distancia, aparece el espíritu de los Gracos, (gente de "cabezas confusas y mentes vagas"), convirtiendo a esos hombres sin base profunda ni reflejo histórico, en marionetas servidores de todas las situaciones y que acaban por no saber propiamente qué quieren y a dónde van. Por este inesperado fenómeno psicológico, aunque explicable en el medio circundante que vivimos, la revolución, acción cívica presentida en las trincheras y justificada en el dolor de la patria torturada, se transforma en una simple dominación del poder. En efecto, aquello no es sino la apropiación del gobierno por otros hombres; no puede ser una revolución en el más acabado sentido histórico. El espíritu, el nuevo espíritu no se revela por ningún lado; subsisten las fachadas de cosas y hombres, por mucho que las apariencias como aceites en caras viejas, se empeñan en probar lo con-

crario. Y como epílogo, un cortejo sombrío de hombres de todos los matices, dispuestos a la venalidad, a la crucifixión del pudor y al transfugio. Es la historia de todos los tiempos...

Peró, permítame que siga haciendo la evocación, aún sin entrar en mayores detalles. Estos los encontrará usted en unas "Memorias" que voy escribiendo para documentar la Historia. Allí encontrará usted lo que aquí, en esta carta, no puede todavía decirse, porque es historia de hoy, historia sangrante.

Más, prosigamos.

En la mayoría de la gente revolucionaria comienza a infiltrarse una lacerante decepción. Porque, decididamente, no hay voluntad para comprender el instante histórico que vive la nación. El sentido y la conciencia del movimiento están oscurecidos y con ello va llegando un grave momento, porque todo movimiento social que no se sobrepone al sentimiento, a la comodidad y a los intereses temporales, corre el riesgo de hundirse en sus propias raíces, y aunque eso no ocurre de inmediato, la dislocación es efectiva. Todos la reconocen. Entonces, es legítima la angustia en las conciencias rebeldes. La comprobación la tienen en el gesto altanero de los adversarios. Ellos son, los hombres del pasado que, de cerca y de lejos, se ríen y se regocijan de la flamante panacea, en la que paulatinamente, a través de los días y de los meses, reconocen que sus antiguas mañas no sólo que tienen acomodo, sino que son temidas y hasta premiadas. Paralelamente a esto, la muchachada, la que constituye el nervio y el corazón de los sucesos revolucionarios, vive abandonada en la calle, (perdóneme usted la metáfora), abandonada en la calle, en actitud mendicante, sin posibilidad de ninguna especie. Si no fuera necesidad habría que decir con Goethe: "los grandes perecían". Los demás hacen feria política. Unos resolviendo sus problemas muy suyos; otros, cansados de divagar, en afanes de organizar nuevos grupos y nuevos partidos políticos, desdeñando al mismo tiempo, ¡oh, paradoja!, al único grupo con fuerte arraigo en el pueblo, al único con derecho a entrar en juego, al grupo revolucionario. De esa empresa, triste em-

presa para los que presumen prestigio y creen tener estandarte y bandera de combate, surgen "el partido socialista independiente", "el grupo fascista", "el partido socialista de estado" y tantos más que ni en el bien ni en el mal logran resonancia alguna. Pero todo este ir y venir de esa gente apurada, que quiere tomar lo que no le corresponde, no es más que el balance de la anarquía encendida por dentro y alentada por fuera, tan insólita y tan inaudita que va sobrepasando a la soberbia de algunos, al espíritu de traición de los más y al temor y miedo de todos. Lo evidente es que la revolución socialista está hundiéndose, y a corta distancia, en sus cuadros directivos, el partido socialista, el partido de la revolución, cayendo, grano a grano, en la encrucijada preparada por los "entregadores"!

Al frente de este derrumbamiento y reducidos a sí mismos, pocos, muy pocos, comprenden el desarrollo del desastre y deciden volver al campo de sus sociedades, no precisamente vencidos ni abatidos, sino decepcionados y con una pesada desilusión encima, pero resueltos a preparar y librar nuevas batallas. Había que comenzar de nuevo.

Pero estimado señor, la verdad tendrá que ser dicha. Lo que faltó fué el hombre, el hombre tocado del destino, imposible de traicionarse a sí mismo y fuertemente dotado para mantener el significado vital del movimiento revolucionario. Y luego, faltó santidad en el cálculo y en la astucia, porque cuando la astucia y el cálculo no van acompañados de la pureza, como dice San Marcos, es el desastre y el mayor pecado.

Así los hechos enunciados más arriba, sin substancia o alma que los hubiera alentado, terminan en la nada, igual que la materia en el momento en que se desprende de la chispa divina. ¡Oh, el vejamen y la burla de los ideales, es un lujo que como todos los lujos, se paga dolorosamente, cuando no con el desdén, ha de ser con la miseria! Históricamente eso es la sanción moral, traducida en el menosprecio callado y silencioso o en el juicio terrible e implacable.

Aquel desvanecerse de las cosas es una nueva intervención que domina el poder y proclama la restauración de los

principios socialistas de la revolución del 17 de mayo de 1936. ¿Cómo explica e interpreta la historia este suceso? Algún día lo sabremos.

Ahora se espera. Pasan los días, vuelan los meses y "el mundo sigue andando" con el ritmo rígido de los cuerpos congelados. Esa especie de estatiemo, prolongado inesperadamente, ya induce a pensar que no se trata de la "pausa" leonblumista, sino del primer paso de retroceso; del primer arrepentimiento. Para muchos eso es demasiado grave, equivale a provocar al destino, por lo que en el fondo de sus almas nacen presentimientos anunciadores de fatalidades resignadas. Sin embargo, todavía se espera, se espera en que la decisión se impondrá a través de las trivialidades humanas, que existen en toda conciencia naciente o en formación. Pero la órbita de la inquietud excede ante la sombra siempre acentuada de un mundo viejo (decadente) que propugna por reaparecer. Esto determina que el partido socialista, el antiguo animador de la transformación social del país, resuelva física y fisiológicamente, recomponerse. Y así lo hace. En un día alcineo, en el que las almas se estremece más de esperanza que de luz, vuelve a tomar su lugar de combate con la generosa divisa de: partido socialista de Bolivia. Aquí, debo explicarle, estimado señor, que el añadido de nuevos postulados a su programa político, impusieron en parte la modificación de su primera e histórica divisa. De esa manera, la forma iba expresando el fondo. O dicho de otro modo: la agrupación adquiriría cartel de partido político socialista, puesto exclusivamente al servicio de la nación boliviana y de su pueblo.

No obstante las contradicciones de la época y los recelos de la propia experiencia, aquella recomposición fija líneas, elimina escombros y deja el terreno limpio. Estaba superada la escisión interna, pero al mismo tiempo, llegaba el instante de la máxima prueba para los hombres del socialismo reconfortado.

No creí en los límites de esta carta el que yo pueda decirle *in extenso*, los propósitos que le movían al partido socialista de Bolivia. Pero no me arredro' en hacerle saber que,

sin desconocer ni olvidar la complejidad de los problemas institucionales y políticos de la post guerra, se alentaba la decisión de afrontar una reorganización fundamental, a base de reconstruir el orden moral, espiritual y político de la nación. Esa tarea iba librada a los hombres más comprensivos y menos comprometidos, quiero decir, sin responsabilidad con el pasado angustioso del país. El éxito era eso y era también mantener al borde toda pretensión personal ilegítima, peor todavía si era de tendencia arcaizante, con resabios de personalidades históricas. Evitar toda suplantación era asegurar y salvar el "sentido" de la realidad a forjarse, así como el "sino" de las cosas que habrían de surgir. (Ya lo ha dicho Ortega: "una vida que se imita, es una vida que se falsifica"). Con pensamientos orteguanos, añado yo: el talento y el genio son inimitables, y si se tiene la audacia de copiarlos no se es más que un "mascaron de proa"). La digresión ha sido ineludible y ahora continuo. El nacimiento de un mundo nuevo en los socialistas y en los demás debía imponerse, en la conducta, en la purificación de las costumbres y en un absoluto desinterés personal. La sola posibilidad de vivir una nueva vida material y moral, distinta a la vida oscura y materialista de las generaciones pasadas, supone ya un aporte enorme al resurgimiento grandioso de la vida misma de la república. Así, el socialismo, nuestro socialismo, debía ser la expresión más fuerte que cabe sentir en la vida contemporánea. De esas substancias dramáticas están hechos el cristianismo y la revolución francesa, los acontecimientos más grandes que le ha cabido esperar a la humanidad. No olvidemos, entonces, que todo sacudimiento social, nace y se nutre del drama interior de las almas.

Ahora bien. Reconstituido y dispuesto a enfrentarse, el socialismo adopta una cautelosa expectativa respecto del poder, notoriamente debilitado en su deseo de no fijar rumbos. En tales circunstancias llega hasta el partido un llamado de los dirigentes de la política de gobierno. Se comprende que hay decisiones y decisiones, y que la demanda de conversar es el primer indicio de una reacción intemperada, útil sin

uda, para unos y para otros. Es diciembre de 1937 y enero de 1938.

Las primeras conversaciones para consolidar el poder y luego fisonomizarlo, transcurren mansamente. Pero, es en una memorable e histórica entrevista con el jefe del gobierno, en la que el socialismo libra su primer encuentro a fondo. Deslindadas las situaciones y los mutuos respetos, los conductores del partido, allí reunidos para alcanzar soluciones de claro matiz socialista, hablan, discuten y acusan con rara y feliz energía. Al exponer el pensamiento y la acción del socialismo, se hace un examen retrospectivo de la vida nacional, una crítica realista de los acontecimientos en marcha y una exégesis de los dirigentes de la política de todos los frentes. Dicho todo eso, el cuadro se muestra triste, con un fondo de luces apagadas. Están demostradas, patrióticamente, la inoportunidad de las derechas y la conducta ahistórica de los comandos políticos gubernamentales, así como de sus actos pueriles e infucundos. Todos se estremecen ante tal disecación. Pero sea cual fuere el sentimiento que a unos y a otros inspira la actitud socialista, el partido ahí mismo, como expresión vital del momento que vive la república, termina pliendo la reorganización del ministerio y la dirección de la política en mano del socialismo de Bolivia. El debate ha sido ardiente y apasionado. Se percibe en la atmósfera una inquietud febril y en el fondo de los ojos de cada asistente, una ansiosa disposición de comprender, realizar y enmendar. Son cerca de las cuatro de la mañana y el socialismo presiente la proximidad de su victoria, la que queda afirmada con el gesto del jefe del gobierno, quien declara su conformidad y acepta los dos puntos requeridos, con beneplácito de dos de sus ministros allí sentados. El éxito es digno de los hombres colocados frente a frente, el cual se extiende como un manto sobre todos quienes han superado los escollos. No hubo disimulo ni actucia. Fué un encuentro de caballeros y patriotas, acelerando el ritmo del nuevo tiempo que les toca vivir. Al separarse, queda convenido que tres días después entrarían en acción el partido y sus hombres.

Pero olvidóse, señor, que la vida en estas alturas, (¡oh, Alto-Perú!), tiene muchas dobleces. De una de ellas, el pacto de caballeros es precipitado en el vacío y las cosas vuelven al principio. El partido guarda con celo esta experiencia.

Pocos días después, invocando intereses nacionales y de doctrina, los dirigentes de gobierno, requieren otra vez la presencia del socialismo en nuevas reuniones. Se habla de nuevos entendimientos de la formación de un "frente socialista" y de la necesidad de salvar definitivamente la causa de las izquierdas. Con la desilusión todavía vibrante, el partido accede en un rasgo de generosidad y, por qué no decirlo, de interés partidario. Ahora se cree en la imposibilidad de un entendimiento efectivo. De las ruinas del pacto desaparecido, fluye el convencimiento de profundas divisiones de principio y convicción entre el socialismo y los grupos amorfos que se mueven alrededor del poder. Pero, ¿qué debería caracterizar un entendimiento político? Sus elementos de formación serían varios, pero tendría un punto inmutable de aplicación, que también sería de obsesión permanente. Es el "sentido" socialista con el ritmo histórico que nos impone el nuevo tiempo que vivimos. Empero, los dirigentes políticos de gobierno, no entienden así, porque no han logrado percibir la desintegración de la historia, y muy especialmente, de la nuestra. Rechazan todo principio y niegan toda ética. Para ellos no hay más que la posesión. Y para alcanzarla aplican métodos novecentistas, es decir, procedimientos de principios de siglo. (Es demasiado rezagarse). En cambio el método socialista es claro y palpitable, y por eso, es realista. De ahí que la verdadera importancia del sentido de la política del partido socialista más que aceptar la realidad distante, consiste en saberla hacer, afirmando de ese modo su contenido y su permanencia.

Todo esto desconocen y rechazan los dirigentes de gobierno y con ello se pierde la última oportunidad para remover el espíritu nacional y enardecer a las masas sedientas de justicia. Trás la derrota del socialismo, — que derrota fué, — sobreviene una crisis sin paralelo, más grave que ninguna:

la crisis de la conciencia moral y la del sentimiento de la propia respetabilidad. Por encima de estos escombros, la política revertida sólo alcanza a consolidar a sus grupos en una coalición electoral, que por los caracteres que presenta no es sino la organización de la contrarrevolución. Para ello, explotando la insensatez de la naturaleza humana, la coalición se transforma en grupo de combate y forma el "Frente Único Socialista". Asistimos, pues, al advenimiento del "FUS".

Pero, ¿qué es el "FUS"?

Por regresión paradójica, el "FUS" está compuesto por un centenar de hombres pertenecientes a las nuevas generaciones. Muchos de ellos surgidos en los palenques del socialismo revolucionario, del socialismo que pasó en vilo días y noches sintiendo el dolor de la patria e investigando los modos y las maneras de engrandecerla. ¡Oh, tristeza, menor pena habría sido morir!

El "FUS" es la embriaguez dionisiaca, que siente el terror y el espanto ante el destino. Que para experimentar el frenesí que da el gozar de la vida, no se detiene en precipitarse y abdica de todo anhelo subjetivo. No le interesan los designios del alma ni los de la inteligencia, en tal forma que ha convertido el deseo material en una vocación y la inquietud del espíritu en la satisfacción del instinto. Para el logro de estas sensuales experiencias, escapa de las profundidades del pensamiento y se coloca en la superficie fría de la tierra, donde las cosas y las personas son refugio de los que han sido vencidos en sí mismos y no han podido tampoco producir la primera gran revolución, la revolución interior, que es la que alista y fortalece para realizar la otra, la revolución exterior. Como los hombres que forman el "FUS" son varones en la plenitud de su conciencia, lo mismo que todos los hombres que después claudicaron, es de creer que comprenden la enorme responsabilidad política y social que comporta su conducta pública. Ellos, todos ellos son la quiebra de la post-guerra, expresión psicológica que no volverá; son la tentación y el ejemplo pernicioso para la juventud boliviana; son el desconocimiento de toda ética y de todo prin-

cípio. En ellos está la deslealtad a la vida y al hombre, a la nación y a la propia conciencia. Son la esterilidad hecha carne, porque su obra es árida y seca como la leña, que en cualquier momento arderá y se irá en cenizas. Son, en fin, la negación de la verdad y de la historia... Y como el sol obscurecido por sus propias manchas, el "FUS" se eclipsa y luego se pierde en pedazos como ideas trizadas.

Asistimos, pues, a la agonía de la esperanza.

He ahí la evocación del pasado y la contemplación del presente. Y en la medida de lo que soy y valgo, puedo decirle ahora mi propio y exclusivo pensamiento, con referencia a sus deseos de unificación socialista.

Usted, estimado señor, anuncia el retorno del "FUS", pues no otra cosa es la "unificación de las fuerzas camari-les, que acaba de producirse", según sus palabras estampadas en el folleto que sugiere esta carta. Como consecuencia, "abriga usted la esperanza de la unificación de todas las fuerzas del socialismo".

Hago justicia a sus sentimientos y a sus propósitos de extender el socialismo. Pero me veo en la necesidad de llamarle a la realidad. El "FUS" nuevamente unificado en la Cámara y fuera de ella, y que por razones de táctica electoral toma esta vez la denominación de "Socialismo democrata", ha perdido el derecho de propiciar la unificación del socialismo. Algo más; en su origen y en su actuación, ha perdido igualmente autoridad moral, y bien cabe usted que sólo prevalido de ella se puede llamar a las masas para ser escuchado. Hoy día "unificación" y "peligro de las derechas", en algunos labios, resultan palabras tendenciosas. El pueblo escarmentado en exceso, sabe la intención con las que se las invocan, en tales o cuales circunstancias, y se orienta admirablemente. Y para el socialismo dirigente opositor, ganar o perder posiciones públicas por elevadas que sean es cosa que ha pasado a segundo término. Ahora sólo se desea vivir una realidad dramática, dentro del sentido histórico de que está saturada la vida contemporánea. Todo esto con la honda preocupación de levantar al país y poner en pié el alma nacional.

Las responsabilidades de los hombres que han creado el estado político y social de la república durante el último año, son muchas y graves, por lo que nadie está dispuesto a compartirlas. Su llamado, estimado amigo, pienso que se quedará escrito, y las fuerzas socialistas disidentes continuarán aisladas y postergadas, en voluntario retraimiento, hasta el momento en que puedan libremente actuar. Creo por otra parte, que ha pasado a la historia la reconciliación socialista tan buscada por el lado de las fuerzas que tienen la responsabilidad de la quiebra política y de la confusión reinante. (Dispersión de partidos y caos ideológico). Insistir en ello es perder tiempo. Tampoco puede olvidarse que no son solamente diferencias políticas las que separan al socialismo opositor del socialismo de gobierno. Es algo más transcendental, son los distintos modos de sentir e interpretar la vida y la historia, la moral y el deber. Por Alexis Carrel sabemos que la inteligencia, la fuerza de voluntad y la moralidad están estrechamente relacionados. "Pero el sentido moral, — dice —, es más importante que la inteligencia". Debe serlo, sobre todo en esta época en que todos son inteligentes y pocos saben de la corrección y del comportamiento. El socialismo disidente está, pues, definitivamente desvinculado, *déraciné*, como diría Mauricio Barrés, del socialismo camaral, es decir, del "FUS".

Además ha desaparecido el interés de acercarse a los socialistas que han falseado su misión y que no tienen más afanes que mantenerse en los sitios conquistados. ¿Acaso no ve usted que hay dirigentes convertidos en simples oficialistas, y que siendo de izquierda, sólo les inquieta la opinión y el aplauso de las derechas? Eso se ve y se constata todos los días. También ha desaparecido la confianza. Pues, hace poco tiempo, apenas tres o cuatro meses, (y esto lo saben muchos socialistas), uno de tales dirigentes, todo desaprensivo me invitó a formar parte de un comité de substancia fascista, según su propia expresión, invitación a la que asentí entre irónico y compasivo. Y mi asombro de ahora es conocer que se ocupa de organizar un nuevo partido socialista.

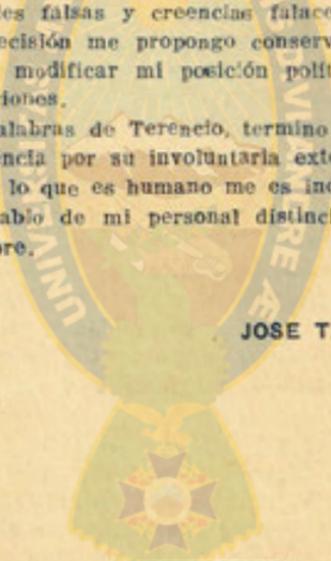
Decididamente, los Gracos modernos siguen la tradición secular de no saber qué quieren y a dónde van. Por todo esto, existe la evidencia de que la palabra en ellos no es el verbo, esto es, la razón hecha espíritu y conciencia, sino palabra de palabras, sonidos que no inspiran fé ni emoción.

El panorama que he puesto delante de sus ojos y que también constituye la experiencia que personalmente he recogido, me da derecho para rogarle, estimado señor y amigo, que me crea si le digo que mi decisión de no reincidir, alentando fidelidades falsas y creencias falaces, es inquebrantable. A esta decisión me propongo conservarme fiel, sin que esto signifique modificar mi posición política y la dirección de mis convicciones.

Y con palabras de Terencio, termino esta carta que pide su benevolencia por su involuntaria extensión: "Soy hombre, y nada de lo que es humano me es indiferente".

No le hablo de mi personal distinción, que seguro la tiene de siempre.

JOSE TAMAYO





134120
20221
134120